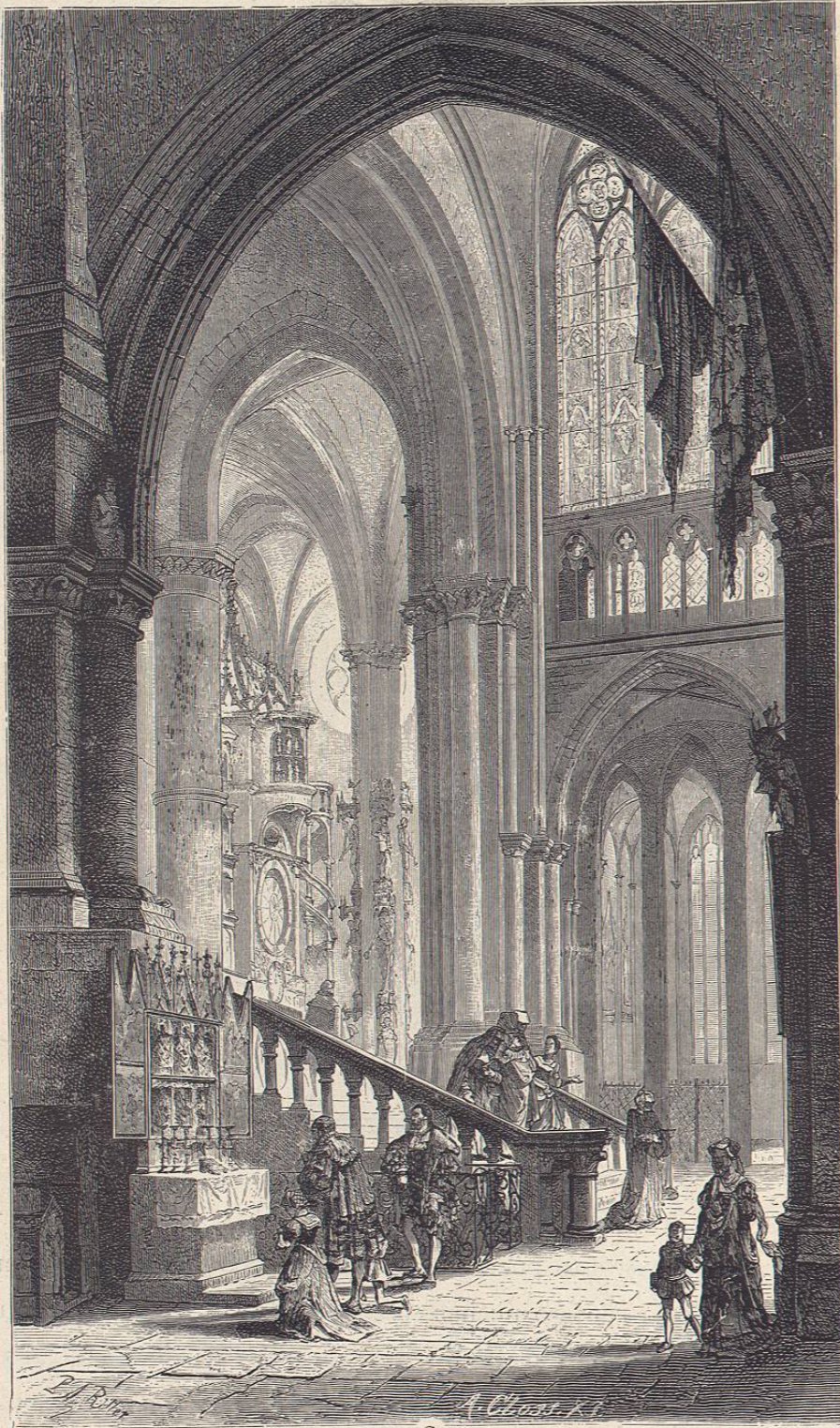


magníficas. Dominaba todavía entre los ciudadanos aquel laudable interés que cifraba todas sus aspiraciones en realzar á la ciudad natal con edificios monumentales, enriqueciéndolos con



EL RELOJ EN LA CATEDRAL DE STRASBURGO

los tesoros del arte. Hermoso ejemplo de lo que esta generosa emulacion de los ciudadanos era capaz de producir, y de lo que la mecánica y el arte alemán habían alcanzado á conseguir en el siglo XVI, nos ofrece el célebre reloj astronómico de la catedral de Strasburgo, obra artística cuya construcción acordó el «honrado y sabio» Concejo en 1547 y cuyo plano fué trazado por los distinguidos matemáticos Heer, Bruckner y Herlin. La ejecución comenzada



CÁRLOS V (I EN ESPAÑA) EN CASA DE FUGGER

bajo la dirección de estos varones eminentes por artesanos expertos, suspendióse sin embargo más tarde y se reanudó en 1571, cuando los hermanos Isaac y Josías Habrecht, naturales de Schaffausen y ambos relojeros, fueron á Strasburgo. Estos dos, el profesor Conrado Dasypodius, David Wolkenstein de Breslau, y Tobías Stimmern, pintor, fueron los encargados de acabar la obra, lo que efectuaron satisfactoriamente terminando su trabajo en 1574 tal como hoy día lo vemos; y en verdad que hace honor á sus ejecutantes. Fischart ha descrito en lindos versos este artístico reloj. Existe también una bonita leyenda según la cual una noche de setiembre de 1680 y á una hora desacostumbrada, sonaron las campanas del reloj y la voz argentina de un niño cantó al mismo tiempo las frases de una canción coral: «Nos acecharán y nos perseguirán como á herejes,» suceso que se consideró como el presagio de una desgracia. No careció el aviso de fundamento; pues al terminar el año los protestantes celebraron por última vez las ceremonias de su culto en el magnífico edificio construido por Erwin, é inútilmente resonó bajo las altas bóvedas su grito de angustia: «¡Desde el profundo de mi alma, clamo á tí, Señor!» Aunque entonces se contaban pocas familias católicas en Strasburgo, los franceses arrojaron á los protestantes de la catedral, á cuya puerta aquel arzobispo traidor al imperio y á la ciudad llamado Egon de Furstenberg, salió á saludar al rey Luis con palabras dictadas por el más servil espíritu de adulación.

En la época de la Reforma la casa de los ciudadanos alemanes estaba muy distante ya, por su construcción y mueblaje, de las formas macizas y la pobreza de la Edad media. Los grandes progresos que la industria alemana había hecho en sus diversos ramos, debían necesariamente redundar también en beneficio de las modestas habitaciones de los ciudadanos. Según los documentos y descripciones contemporáneas, en las habitaciones de estas familias existían mesas, sillas y escaños, y no faltaba el banco provisto de blandos cojines que circunvalaba la colosal estufa de porcelana. En uno de los lados de la estancia se hallaba una especie de sofá, y en un ángulo una fuente ó lavabo destinado á la limpieza de la familia y á la de los utensilios; por último, veíase también una especie de bufete sobre el cual había jarros, copas, botellas y cacerolas. No faltaba tampoco el reloj de pared, pues ya desde 1500 se había reducido su mecanismo, primero en Nuremberg, hasta convertirlo en reloj de habitación y bolsillo; estos últimos se llamaban «huevos de Nuremberg» á causa de su forma oval. En la habitación descrita, encontramos también un pequeño espejo colgante, un velon, tintero con papel y sello, un juego de ajedrez, uno de dados y otro de cartas; pues ya en la segunda mitad del siglo XIV se imprimían cartas de juego. A nuestros antecesores corresponde la perjudicial invención de uno de los más antiguos juegos de cartas, el «lansquenet;» el *hombre*, el juego de cartas más antiguo y sin duda el más distinguido, tiene, según se dice, origen español. Trascorridos los primeros tiempos de la Reforma comenzó á usarse entre nosotros un juego de cartas muy raro, llamado *karniffel* ó *karnoeffel*, en cuyos naipes y reglas se reflejaba el caos religioso y político de la época. Los juegos de sociedad se contaban entonces por centenares: cuando menos Fischart en su «*Division de la historia*» enumera próximamente quinientos de estos pasatiempos, á cada uno de los cuales da su nombre correspondiente. Junto al ajedrez, los dados y los naipes, veíanse en la casa de los ciudadanos alemanes del siglo XVI, la Biblia y otros libros «para solazarse é instruirse,» según dice Juan Sachs. El mismo autor nos introduce en la habitación

de dormir, en la que encontramos una cama con jergón, colchón, almohadas de plumas, sábanas y manta, así como todos aquellos objetos indispensables á la comodidad; y además algunos armarios para la ropa blanca; y no debemos dejar en olvido el arca guarnecida de hierro y provista de fuerte cerradura, en la cual se conservaban los caudales y las joyas. En tales habitaciones vieron la luz gran parte de aquellos hombres que aparecen como fulgidas estrellas en la historia de la civilización alemana de la época de la Reforma, en tales moradas han efectuado sus trabajos y se han despedido de la vida.



TRAJE DE MUJER EN EL SIGLO XVI

La casa alemana en la que brillan aunadas la comunidad, la honradez y la piedad, aparece á nuestra vista de un modo gracioso é interesante. Es preciso tener en consideración la existencia modesta de nuestros grandes maestros antiguos para juzgar con imparcialidad completa de sus creaciones. Sin embargo, esta poesía doméstica está animada por cierta sencillez y dulzura que encantan. Leed por ejemplo la carta impregnada de filial ternura que el maestro Durero escribió cuando la muerte de su madre, en 1513, y podreis formaros una idea del suave afecto, de la ternura y de las buenas costumbres que á pesar de todos los excesos del siglo prevalecían en la vida familiar de los ciudadanos.

En la época de la Reforma el esplendor de la aristocracia ciudadana de la Edad media fué ofuscada definitivamente por la aristocracia del dinero, por los grandes capitalistas que ya comenzaban á entender en el arte de hacer negocios fraudulentos y sabían también monopolizar los ramos más productivos del comercio. El hecho de que un balance efectuado por Fugger dió por resultado durante siete años una ganancia de 13 millones de florines, y el más importante de haber ascendido la fortuna de la misma casa á 63 millones de florines, cantidad colosal en

aquella época, demuestran la enorme ganancia que el capital podía conseguir en el siglo xvi. Con los productivos medios que estos mercaderes poseían, la vida podía ser más cómoda y divertida. Se comprende por consiguiente que las ciudades comerciales de Alemania fueran muy superiores á las residencias de los príncipes, excepto quizá Viena, por su hermosa arquitectura y la disposición interior de sus casas, por la afición al arte y por las instituciones de



CARRERA EN TRINEO

utilidad pública en ella fundadas. Lo mismo puede decirse en cuanto al total de población; Berlín, por ejemplo, comparada con Augsburgo, Nuremberg, Francfort, Colonia, Lubeck, Brema y Hamburgo, era tan sólo un mísero rincón cuya población llegó á ascender á 20,000 almas á mediados del siglo xvii. El penoso trabajo del Gran Elector sacó Berlín de su estado de aldea; pues este soberano fué el que adornó la capital que había de ser del futuro reino de Prusia con edificios monumentales, hizo empedrar, limpiar é iluminar las calles y decretó mejores Ordenanzas para la construcción de casas y para la extinción de incendios.

Para apreciar en el siglo xvi la verdadera riqueza de la vida ciudadana, era preciso dirigirse á las citadas plazas comerciales, sobre todo á las del Sur, que gracias á su comunicación más rápida y más fácil con Italia se hallaban provistas en mayor abundancia que las ciudades del Norte de todo cuanto puede embellecer y hacer grata la existencia. Allí se veían elegantes y magníficas casas de patricios, construidas al estilo del Renacimiento, adornadas exterior é interiormente con pinturas al fresco, soberbios vestíbulos y escaleras con columnas de mármol, balcones realzados por trabajos escultóricos, ventanas en las que la pintura al vidrio hacía alarde de sus primores. En el interior admirábanse salas y habitaciones con el piso entarimado de

maderas finísimas y preciosas traídas de ultramar, y cuyas paredes y techos estaban revestidos de estuco y brillantes dorados. Sobre esos mismos pisos, cuidadosamente entablados, ostentábanse magníficas alfombras de Turquía ó de Persia; en las paredes se veían tapices de



UNA ESCALERA DEL PALACIO DE STUTTGART

Arras y espejos de Venecia, en los estrados estatuas antiguas y pinturas modernas, en los armarios colecciones completas de vasijas y objetos de mesa de toda clase, ricamente trabajados, de oro, plata ó cristal: todos los muebles y utensilios de la casa eran otras tantas obras de arte.

A espaldas de las casas se extendían vastos parques en los que eran de admirar los más raros árboles y arbustos, y las flores más exóticas; animados por saltos de agua y estanques poblados